

Democratizar la comunicación: condición necesaria para la construcción de una cultura de paz

Fecha de recepción: 19 de mayo de 2010
Fecha de aprobación: 05 de agosto de 2010

*Jaime Enrique Cornelio Chaparro**
*Carlos González Domínguez***

RESUMEN

El presente artículo reflexiona en torno a la construcción de una cultura de paz desde el campo de la comunicación, considerando la necesidad de un replanteamiento en las concepciones tradicionales que han orientado la práctica y la enseñanza de esta disciplina. Se argumenta que los aportes de la llamada Escuela Latinoamericana de Estudios de la Comunicación, caracterizada por la búsqueda constante de una comunicación horizontal/ democrática, ofrecen la posibilidad de una visión renovada para situar a los nuevos comunicadores en una posición diferente que les permita participar activamente como agentes de cambio en favor de la paz, la democracia y el desarrollo.

PALABRAS CLAVE: comunicación, democracia, desarrollo, pensamiento latinoamericano, cultura de paz.

ABSTRACT

This article is a reflection on the construction of a culture of peace from the field of Communication. It considers the need to rethink the traditional concepts that have guided the practice and teaching of this discipline. It is argued that the contributions of the so-called Latin American School of

* Doctor en Ciencias Sociales. Profesor-investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UAEM.

**Doctor en Ciencias de la Información y de la Comunicación. Profesor-investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UAEM.

Communication Studies, characterized by the constant search of a horizontal/democrat communication, offer the possibility of a renewed vision for putting the new community in a different position. It would allow them to participate actively as agents of change for peace, democracy and development.

KEY WORDS: communication, democracy, development, Latin American thought, culture of peace.

INTRODUCCIÓN

La expresión Cultura de Paz propuesta e igualmente promovida por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) (2003), se ha definido como el conjunto de valores, actitudes y conductas que plasman y suscitan, a la vez, interacciones e intercambios sociales basados en principios de libertad, justicia, democracia, derechos humanos, tolerancia y solidaridad, rechazando la violencia, además de que procuran prevenir los conflictos al tratar de atacar sus causas para solucionar los problemas mediante el diálogo y la negociación; los cuales garantizan a todos el pleno ejercicio de sus derechos, proporcionando los medios para participar integralmente en el proceso de desarrollo de su sociedad.

En esta definición se destacan dos aspectos fundamentales. Primero, su marcada vocación a favor de la democracia y los derechos humanos como esencia de la paz, así como su vinculación con el desarrollo; segundo, porque su concreción y opera-

tividad implican necesariamente procesos de comunicación.

La Cultura de Paz apuesta a la participación de los ciudadanos en la negociación, la concertación y la solución de conflictos que surgen en toda interacción social; por tal motivo, la comunicación es fundamental para facilitar dicha participación e involucramiento de los individuos en su búsqueda por consolidar la paz, la democracia y el desarrollo. En otras palabras, la participación de la población en la toma de decisiones inherentes a la paz y el fortalecimiento de la democracia es posible en tanto se les proporcione información, incentivos y canales de intercomunicación para diagnosticar problemas y plantear acuerdos. El progreso de la autoexpresión, el diálogo, el aprendizaje, la construcción conjunta del conocimiento, así como el dominio de habilidades y destrezas, se dan fundamentalmente por procesos comunicativos.

En este escenario múltiple para el comunicador social, para el comunicólogo, ya no es suficiente con denunciar y criticar el abuso de los medios en su afán recurrente de transmitir mensajes que incitan a la violencia o al ocultamiento de información mediante comunicaciones perversas; lo que se requiere de estos profesionales es una redefinición y ampliación de su campo de acción para situarse en una posición diferente que les permita participar activamente como agentes de cambio en favor de la paz, la democracia y el desarrollo. Esto implica, también, una redefinición del concepto de comunicación, como lo ha planteado Luis Ramiro Beltrán (2007) desde hace veinte años.

Para ello, se analiza en forma crítica el marco de referencia que ha sustentado las distintas formas de concebir a la comunicación. En principio, partiendo del trabajo teórico de su conceptualización, su correspondiente práctica, y posteriormente, el de su enseñanza. Nos referimos al modelo emisor-medio-receptor, con sus diferentes variantes.

CONCEPTUALIZACIONES QUE LIMITAN LAS PRÁCTICAS

El modelo emisor-medio-receptor ha sido, durante mucho tiempo, el referente obligado para el estudio de la comunicación. Tiene su origen en la llamada teoría matemática de la comunicación formulada inicialmente por Claude E. Shannon en 1948 y reformulada un año después con Warren Weaver.

En su intención original, dicha teoría es de un alcance muy acotado, dado que se refiere sólo a las condiciones técnicas que permiten la transmisión de mensajes, sin embargo, esto no impidió que lograra una amplia repercusión y terminara elevada a la calidad de paradigma. Así, la representación gráfica fuente-emisor-mensaje-canal-destinatario, se fue haciendo común, agregando o quitando algún elemento, usándose una y otra vez, pero siempre manteniendo su apego a una estricta causalidad lineal (Shannon, 1948).

Otro aspecto del modelo es que no se refiere a las personas como protagonistas de la comunicación, sino al proceso desde la perspectiva de sus aspectos mensurables, al estudio de las condicio-

nes idóneas de transmisión de información entre máquinas, y al cálculo del volumen o pérdida de la información transmitida a través de un canal.

Es evidente que en su origen la propuesta de Shannon es completamente ajena a la comunicación desde una perspectiva social, aquí no están directamente comprometidas ni personas ni grupos. No hay interacciones, influencias, emociones, percepciones, aprendizajes u otros componentes de carácter psicosocial. No aparecen variables de tipo situacional, como tampoco de cultura en ninguna de sus manifestaciones. La comunicación es presentada sin contexto y sin historia, desconociendo el hecho de que ningún elemento puede tener un sentido si no está ubicado dentro de un marco mayor (López, 2008: 4).

Así, las primeras aproximaciones analíticas del fenómeno comunicacional estuvieron orientadas por una teleología instrumentalizadora que no dejaba espacio alguno para las particularidades humanizadoras, “la unilateralidad y el tecnicismo prevalecieron en la definición del objeto antes que la participación equilibrada para entendimiento entre los actores involucrados” (Torrico, 2006: 4).

Esta mirada restrictiva y limitada que desconoce la naturaleza de la comunicación humana como producción de significado y sentido compartido se instaló no solamente en las escuelas de comunicación sino en la mente, e incluso, en la imaginación de generaciones enteras para pensar cualquier proyecto comunicativo.

Tal vez una de las herencias más negativas y preocupantes de la universalización

del modelo es su contenido ideológico. Efectivamente, los antecedentes de la teoría matemática de la comunicación (que estrictamente es de la información) fue, como tantos otros, un subproducto del esfuerzo bélico realizado por los aliados para derrotar al eje nazi-fascista.

El modelo nace en una estructura militar siendo una de las más verticales que ha producido la sociedad; se origina en la necesidad de dar órdenes, dando por hecho, que serán acatadas sin cuestionamiento alguno; envía mensajes del que tiene poder al que obedece, del que manda al que acata, del superior al inferior, del dominante al dominado, del que sabe al ignorante, de la cúspide a la base de la pirámide. Son mensajes para una “caja negra”: si la respuesta es positiva recibirá algún tipo de gratificación; si es negativa, una sanción (Calvelo, 2002: 2).

A partir de la década de los cincuenta, científicos sociales se lo apropiaron para transformarlo en modelo teórico de comunicación. Tal fue el caso de las propuestas de David K. Berlo y de Wilbur Schramm, quienes desde la teoría de la información interpretaron el proceso de la comunicación humana y los medios de comunicación social.

Esta profusión de modelos de comunicación puede ser atribuida a tres razones. Primero, porque ellos identificaron a la comunicación como transferencia de información (el estímulo), además de que eran partidarios de la metodología empírica, estableciéndose así, las bases de la comunicología como una ciencia distinta y legítima. Segundo, los teóricos se enfocaron a la eficiencia o efectos de la comunicación (la respuesta), sosteniendo vas-

tas promesas de manipulación o control de los receptores del mensaje con diversos intereses. Finalmente, el modelo de la comunicación se desarrolla íntimamente con la naturaleza y los mecanismos de la comunicación mediática o masiva, una emergente y poderosa fuerza en aquel tiempo (Servaes, 2000: 16).

Otra particularidad del modelo, derivada de su origen, es que el emisor cosifica al receptor, lo transforma en objeto contra el cual dispara sus mensajes, o al que utiliza para alcanzar las metas numéricas que su actividad u organización le imponen:

Tenemos así una nomenclatura militar. El receptor es denominado “público objetivo” o “blanco” y, claro está, cuando se tiene un objetivo o un blanco se le disparan los cañonazos de carácter comunicativo más poderosos de que se dispone. Se tira a matar. Es parte del fundamento ideológico del modelo, cuando se lleva al campo social desde el área bélica. Y, por supuesto, cuando se trasladan los conceptos de su aplicación, de la cibernética al campo humano, nos vemos tratando a las personas como máquinas (Calvelo, 2002: 4).

En el terreno de los medios masivos donde se habla para todos sin decirle nada a nadie, prevalece el interés desmesurado por el aumento del *rating* como síntoma de ansiedad por aniquilar al competidor a cualquier precio. La prioridad por el mercado antes que por la responsabilidad social llevan al emisor a imponer sus códigos, verbales, icónicos, siendo el nivel de los mensajes fijado por él de forma autorreferencial, ignorando las necesidades, la cultura y los valores del receptor.

En el plano informativo, para que un hecho sea considerado como noticia debe tener elementos notables de espectacularidad, sobre todo si es de corte amarillista. La normalidad, la solidaridad, la convivencia, pocas veces figuran en estos espacios.

La retroalimentación, cuando existe, sólo tiene una función: conocer hasta qué nivel se ha llegado en el proceso de manipulación y hacer los ajustes necesarios para lograr una mayor efectividad.

En síntesis, si nos atenemos a la fuerza de toda esta crítica, no parece quedar nada que nos permita seguir insistiendo sobre la vigencia del modelo citado, pues se trata de una herencia que más que ayudarnos a comprender a profundidad la importancia de la comunicación para la construcción de una Cultura de Paz, nos puede mantener alejados de ella.

Pero ¿cómo concebir a la comunicación desde una postura que posibilite recuperar y ampliar el rol social de los comunicadores para lograr que los actores locales, individuales o grupales, tomen por sí mismos las palabras, se conozcan, se comprendan mejor, participen en la toma de decisiones, en la defensa y promoción de la paz, la democracia y el desarrollo?

No se trata, en definitiva, de cambiar de paradigma. Kuhn (1971) establecía que al cambiar de paradigma todo volvía a cero, sin embargo, éstos son más complejos, ya que no actúan aislados sino interactúan con los demás.

En este sentido, vale la pena considerar la propuesta del marqués de Melo (2009) en cuanto a superar la muralla de la amnesia histórica y rescatar la trayectoria intelectual latinoamericana, recupe-

rando algunos elementos que nos permitan dar un paso adelante en los limitados usos y alcances que hoy damos a la comunicación, reflejados en la manera en que se educa a los nuevos comunicadores.

EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

Se puede afirmar que en América Latina los estudios de comunicación se han caracterizado desde sus inicios por la búsqueda constante de una comunicación democrática. Desde finales del primer tercio de los sesenta hasta el término de la década de los setenta, la visión crítica de los pioneros de la “Escuela Latinoamericana de Comunicación”¹ demandaba ya, que la ciencia se pusiera al servicio del cambio justiciero en favor de los más (Beltrán, 2009).

Efectivamente, en respuesta al fracaso del modelo desarrollista implantado en la región, surge en este periodo una generación de especialistas que propusieron cambios radicales en el sistema de comunicación a fin de forjar una que fuera democrática, lo que generó oposición entre algunos sectores del desarrollo y los medios.

Por tanto, la búsqueda de una salida ante tal situación, está dirigida al cambio de la comunicación vertical/antidemocrática a la comunicación horizontal/democrática. La exploración comenzó, principalmente, en la década presente en varios lugares a través de esfuerzos que variaban en su alcance y enfoque, pero coincidían en un propósito: democratizar la comunicación tanto en el concepto como en la práctica (Beltrán, 2007 [1979]: 28).

Pasquali (1972) diferenció la información unilateral, mecánica y poco racional, de la comunicación bilateral, interactiva y racional. Acotó que la información es masificante y dominadora, en tanto que la comunicación es individualizante y ajena al sometimiento del receptor por parte del emisor.

Eliseo Verón (1972) estudió el papel de la ideología en la comunicación masiva, advirtiendo que no debía confundirse la función expresiva de los mensajes con su operación ideológica. En consecuencia, planteó que es responsabilidad del comunicólogo revelar la real tarea de los mensajes, más allá de lo aparente, indicando que si el sentido se genera en la recepción, la formulación teórica no debía confinarse a la producción.

A principios de los años setenta se estableció otra importante línea de investigación, la de la comunicación popular democrática llamada “horizontal” por ser bidireccional y no autoritaria, “alternativa” por ser contestataria a la dominación interna y “participatoria” por ser protagonizada por la gente del pueblo (Beltrán, 2009). En todos estos planteamientos, la práctica antecedió a la teoría, comenzando a ser formulada a lo largo del primer tercio de la década de los setenta, y en gran medida, bajo el estímulo del pensamiento innovador del educador brasileño Paulo Freire.

La educación es comunicación, es diálogo, en la medida que no es la transferencia de saber, sino un encuentro de sujetos interlocutores (...). La comunicación verdadera no es la transferencia o transmisión de

conocimiento, de un sujeto a otro, sino su coparticipación en el acto de comprender (Freire, 2001 [1972]:77-78).

Así, fueron surgiendo varios aportes a las definiciones de democratización de la comunicación, mediante un conjunto de lineamientos para la construcción de un modelo de “comunicación horizontal”, basado en la interacción libre e igualitaria por medio del acceso, el diálogo y la participación, aplicadas por Rafael Rocagliolo (Perú), Fernando Reyes Matta (Chile) y Luis Ramiro Beltrán (Bolivia), quienes propusieron formas de transformación en sus propios países (Beltrán, 2009).

Algunos de estos planteamientos vuelven a cobrar fuerza de manera renovada abriendo el camino para nuevas propuestas, como el caso del modelo interlocutor-medio-interlocutor desarrollado por el argentino Manuel Calvelo Ríos, el cual se ha implantado favorablemente en los proyectos de Comunicación para el Desarrollo de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.

Veamos en qué consiste este modelo en palabras del propio Calvelo:

Es claro que se trata de un modelo teórico, aunque deducido de una intensa y prolongada tarea práctica de comunicación para el desarrollo. Tarea desarrollada, sobre todo, en América Latina, pero también en Asia y en África, por grupos de comunicadores de formación previa muy diversificada. El denominador común que los condujo a realizar esta actividad, a muchos cuestionamientos y a la formulación de nuevos modelos, fue su compromiso con los sectores sociales marginados. Ateos y creyentes, ingenieros y

geólogos, sociólogos y antropólogos, agrónomos y arqueólogos, politizados e indiferentes, mujeres y hombres, todos jóvenes de mente, contribuyeron a elaborar este modelo. Como tal modelo teórico, es necesario ajustarlo a las condiciones reales en que debe operar, para acercarse a ellas en forma progresiva y gradual y establecer las potencialidades y límites del modelo, modificarlo si es necesario y formalizarlo, lo cual es ya imprescindible. Y en eso estamos. Y no calentando una silla y buscando una bibliografía aún inexistente, por mucho que apreciemos y hemos utilizado todos los aportes de carácter teórico y las investigaciones que nos permitieron llegar hasta aquí, sino porque los procesos de comunicación son procesos sociales y la mejor investigación en esta área es la operativa. Es la investigación en la que participan todos los sujetos de dichos procesos, cada uno en su propio nivel de acción, usando los códigos que le pertenecen y que es tarea del comunicador poner de acuerdo o traducir (2002: 7).

En el mismo sentido, Rosa María Alfaro (Perú) propone un modelo comunicación-desarrollo que tome en cuenta la dimensión cultural:

Entendemos que acercarse a la cultura es comprender a los sujetos desde sus mundos subjetivos y en relación a la realidad objetiva en la que viven. Desde el "sí mismo" (la propia identidad) y la realidad reconocida de los otros con quienes comparte modos de ver y ser (pares), y de quienes se diferencia (distintos y extraños). Así se van estableciendo vínculos y desarticulaciones, creando valores y expectativas, definiendo su vida cotidiana, la que forma parte de un quehacer articulado de mundos simbólicos comunes, que se legitima e incrementa a la vez (2006: 51).

De esta manera, con base en la centralidad de la cultura y en un ámbito nacido del trabajo comunitario, Rosa María Alfaro ha demostrado que es posible construir el futuro a partir de la comunicación.

El pensar la comunicación desde la cultura, lo que transforma es la mirada de la comunicación como práctica y existencia social, y con ello, cuestiona los modelos difusionistas anteriores. En el campo de la cultura, el emisor y el receptor (target) se convierten en interlocutores, en sujetos con historia, identidad, arraigo, vidas y experiencias concretas en un marco real, con necesidades y expectativas y capacidad creativa, que pueden (y de hecho así lo hacen) intercambiar para construir algo nuevo que es producto de este intercambio cultural (Cadavid, 2006: 8).

Lo anterior nos muestra que es posible pasar de enfoques segmentados a más holísticos, y enseguida a perspectivas orientadas a la resolución de problemas concretos.

ALGUNAS PAUTAS PARA LA REFLEXIÓN

Con el fin de reflexionar sobre estos aportes y la autocrítica que nos exige la búsqueda de una posición dirigida en favor de la paz, la democracia y el desarrollo, planteamos las siguientes preguntas.

Primera: ¿Hasta qué punto, la práctica y la enseñanza de la comunicación están enfocadas a ponerse al servicio del cambio justiciero en favor de los más?

Segunda: ¿Hasta qué punto desde la práctica y la enseñanza de la comunicación se proponen mecanismos para una

comunicación bilateral, interactiva y racional que evite el sometimiento del receptor a la manipulación del emisor?

Tercera y cuarta: ¿hasta qué punto la práctica y la enseñanza de la comunicación se orientan a revelar la real función de los mensajes más allá de la aparente?, ¿hasta qué punto se producen o reproducen los mensajes que atentan contra el sentido que se genera en la recepción?

Quinta: ¿Hasta qué punto la práctica y la enseñanza de la comunicación promueven una comunicación popular democrática; “horizontal” y no autoritaria, “alternativa” y “participatoria” para ser protagonizada por la gente del pueblo?

Últimas: ¿Cómo situar a los nuevos comunicadores como sujetos de conocimiento y promover su coparticipación en el acto de comprender?, ¿qué tipo de prácticas son necesarias para que estos nuevos comunicadores se sitúen como agentes de cambio en favor de la paz, la democracia y el desarrollo?

Para intentar responder a estos cuestionamientos sería necesario comenzar por reconocer que la mayoría de las opciones formativas tanto en México como en otros países de América Latina, centran su atención, ya sea en el abordaje exclusivamente teórico de la comunicación, o bien en la imitación de los modos a través de los cuales hoy operan los medios masivos. Salvo algunas excepciones,² no existe una oferta académica que comprenda, sistematice y enseñe la comunicación en su relación con el desarrollo humano. Además, que incluya en éste el desarrollo del propio comunicador, para entrenarlo en sensibilidad y capacidad de investigar la

realidad circundante, al mismo tiempo que intente comprender la relación crítica que lo une con esa realidad.

Para avanzar en ello, podríamos recuperar la propuesta pedagógica de Freire, la cual señala que, al fijar como punto de partida lo que los estudiantes son y saben al ingresar en una institución educativa, habría que insistir en que es desde allí, desde el conocimiento y apreciación de sí mismos y de su relación con la realidad circundante, donde la comunicación se convierte en herramienta de la transformación personal, humana, comunitaria y social.

La educación de la sensibilidad puede ser un espacio político y ético de enorme importancia que ayude a recuperar y profundizar el rol de los comunicadores comprometidos con el desarrollo de sí mismos y de su contexto, y llegar a lo que Pasqali (2002) denomina “empatía comunicación/realidad”.

En este sentido, la realidad de los países de América Latina está marcada por una profunda crisis de sus sistemas democráticos tradicionales y sus correspondientes liderazgos políticos, generando diversas respuestas en distintos niveles de la sociedad para la reconstrucción de una democracia que conteste a nuestras realidades, la cual requiere de la participación amplia, respetuosa e incluyente de todos los ciudadanos, movimientos y grupos que conforman la gama social y política de nuestras naciones.

El derecho a opinar, a defender las ideas y a respetar a quien piensa distinto, aparece como uno de los valores fundamentales de la convivencia y de la cons-

trucción colectiva de una ciudadanía que demanda también, la participación de profesionales comprometidos para mejorar el sentido de la comunicación; para desarrollar las capacidades y habilidades comunicativas de las organizaciones sociales; para promover la interlocución y concertación entre organizaciones de la sociedad civil, sectores sociales, medios masivos de comunicación, medios alternativos, nuevas tecnologías y entidades de desarrollo; para contribuir a una agenda comunicativa común por la paz, la democracia y el desarrollo humano.

EL ESCENARIO ACTUAL

De acuerdo con Berthier (2008), actualmente los cambios profundos en los procesos de organización, producción y análisis de la sociedad contemporánea generados por el avance tecnológico de la comunicación, además de la emergencia de la llamada sociedad de la información, nos sitúan en dos posiciones distintas para discernir el fenómeno comunicativo. Primera: el intercambio informativo basado en la creciente y cada vez más eficiente tecnificación de la emisión y recepción de mensajes; segunda: la comunicación orientada a la comprensión entre sus participantes. Así, por un lado la comunicación de Shannon entendida como separada de la complejidad de lo social, formalizada matemáticamente, buscando siempre un objetivo instrumental; por el otro, la comunicación pensada como una realidad eminentemente humana y social, donde los involucrados son hombres reales que

intercambian significados capaces de modificar sus estados de conciencia y sus formas de interacción social.

UN ESCENARIO CONTRADICTORIO: ¿COMUNICACIÓN GLOBALIZADA?

Este escenario vigente ha de percibirse como producto de una historia que se desea universal, que tiene sus raíces formales en ese momento memorable que inaugura la emancipación del hombre: la Revolución francesa. Junto con ella, el avance del individualismo a más de su producto, el capitalismo, han traído consigo formas de desarrollo social; términos marxistas: modos de producción (formas de hacer y ser). Bajo esta idea, Armand Mattelart (1995), conocedor de la realidad latinoamericana y uno de los pocos críticos actuales de la cultura y de la comunicación, muestra cómo en este territorio, se vive bajo un mundo que se supone globalizado, pero evidente y contradictoriamente sin sus beneficios ¿universales?, que aspiran o viven otros países desarrollados. En este marco se encuentran eminentemente los procesos de comunicación que han producido nuestras sociedades.

Cada época histórica y cada tipo de sociedad tienen la configuración comunicacional que se merecen. Esta configuración, con sus distintos niveles, ya sean de carácter económico, social, técnico o mental, y sus distintas escalas, local, nacional, regional o internacional, produce un concepto hegemónico de comunicación (Mattelart, 1995: 11).

Tal afirmación es un verdadero desafío de demostración empírica sobre la realidad de América Latina; sin embargo, su potencial heurístico es inmenso. Mattelart (2000), ha insistido, en gran parte de su obra, que los medios de comunicación de masas participan activamente de los proyectos económico-político-culturales de la globalización, para decirnos que son justamente éstos los que determinan las formas en que los hombres han de configurar sus modos comunicacionales de relacionarse, de interpelarse, de intersubjetivarse. De aquí que el escenario actual esté invadido de una enseñanza de la comunicación (aun en las universidades) que promueve el marketing, la imagen política, la organización productiva (por la comunicación). De inmediato una pregunta más se presenta: ¿estas formas educacionales de la comunicación nos conducirán a producir la gran familia fraterna de los hombres?

Creemos que la respuesta es no. La enseñanza de la comunicación bajo estos parámetros, no es inocua. Por esto se explica la producción de técnicas y tecnologías de información y comunicación. Desde las técnicas que indican cómo resultar exitoso en los intercambios interpersonales, pasando por las recetas de cómo tener una “comunicación” de comprensión con los hijos, hasta cómo gerenciar al personal de las empresas, las cuáles nos remiten a una comunicación evidentemente de tipo instrumental con arreglo a fines (Habermas, 2002). Por el lado de la tecnologías, no olvidemos que “todo objeto está hecho para un sujeto y viceversa” (Marx, 1982). Baste pensar en el uso de las telecomunicaciones (léase

Internet) vía computadora, celular, iPod, que permiten realizar actividades que hace no más de 20 años eran impensables; aunque muchas de ellas se ubican como tareas económico-políticas, no sin tener consecuencias en la vida cultural de las personas. Sobre este último punto, no es difícil observar cómo la tecnología se interpone en la generación de sentido, y lo que es peor, en imposibilidad de diálogo, ya sea entre dos o una masa de personas. Ejemplo de lo anterior es el uso del chat o del celular, como vicarios del espacio íntimo; o bien, el no acceso a Internet para poder contactar al otro (imposibilidad de desterritorialización).

A este escenario latinoamericano, apenas descrito parcialmente ¿podemos llamarlo globalizado y en consecuencia, universal?

A la luz de las reflexiones del brasileño Renato Ortiz, el escenario “moderno” latinoamericano se nos presenta una vez más contradictorio, pues ya no es sólo el territorio de una historia lineal, como tampoco el resto del mundo (por cierto, aunque más acentuada en la primera), sino el lugar donde el tiempo y espacio se acortan y se ensanchan. Esta situación determina, por lo tanto, la identidad de los países que lo conforman, y en consecuencia, los confronta con su mismidad. La causa, la modernidad que comienzan a presentar los Estados-nación y más tarde la globalización.

Todo pasa como si en las sociedades pasadas, espacio y tiempo estuvieran contenidos por el entorno físico. La modernidad rompe esta continuidad, desplazando las relaciones sociales a un territorio más amplio. El espacio, debido

al movimiento de circulación de personas, mercancías, referentes simbólicos, ideas, se encuentra dilatado (Ortiz, 1997: 102).

¿Cómo participa la comunicación en medio de este contexto? Creemos que en todo, se trata a final de cuentas, como dice Ortiz, de una lucha simbólica por la apropiación de las cosas que se presentan en el mundo, siendo más precisos, en el espacio que va desde el grupo étnico, pasando por el del Estado-nación, hasta el desterritorializado de lo global. Es aquí, en este esquema, que podemos perfectamente ubicar el papel de la ideología de la comunicación como práctica: ¿para qué he de comunicar sino es para ser exitoso; tener una imagen positiva de mi persona, de mi grupo o empresa; o el caso por excelencia, el uso perverso del lenguaje, para gobernar de manera instrumental gracias al marketing político? Si las prácticas de comunicación dominantes de nuestro escenario latinoamericano se enmarcan en la globalización, la respuesta a la pregunta anterior está en ella misma. Identidad y comunicación se confunden, sin ser la misma cosa, por converger en la práctica de nuestras relaciones de producción, por supuesto del orden económico-político-cultural, que son consecuencia de la producción de sentido que necesariamente acompañan las prácticas de comunicación.

Estos objetivos de la comunicación (la reproducción ideológica de la globalización), sin duda y alejado de un marxismo radical, no son lineales ni efectivos como ya lo demostró la perspectiva de las mediaciones (por cierto otra aportación latinoamericana), empero, son tan dominantes

que no han resuelto los graves problemas de guerra, de subdesarrollo (niveles de vida infrahumanos, analfabetismo, etc.) que imperan en el mundo latinoamericano.

La sociedad global, lejos de incentivar la igualdad de las identidades, está surcada por una jerarquía, clara y despiadada. Las identidades son diferentes y desiguales, porque sus artífices, las instancias que las controlan, disfrutan distintas posiciones de poder y de legitimidad. Concretamente, se expresan en un campo de luchas y de conflictos, en el que prevalecen las líneas de fuerza desempeñadas por la lógica de la máquina de la sociedad (Ortiz, 1997: 106).

Podemos concluir este apartado invocando la aportación de Néstor García Canclini, en su ya clásico libro *Culturas híbridas* (1990), en el que menciona que Latinoamérica es un mosaico de culturas híbridas donde el tiempo y espacios se entrecruzan, determinando la clara contradicción en los diferentes planos de la vida de esta entidad del mundo. Así, el autor trabaja identificando dimensiones de la realidad que cohabitan en franca discordancia: modernidad-tradición, diferencia-desigualdad, temporalidad heterogénea, reconversión cultural (1997). Tales conceptos le permiten evidenciar que el poder unilateralmente no existe ni se impone radicalmente, aunque haya una tendencia dominante, es decir, no se niega la dominación política. En el mismo sentido, Renato Ortiz ha señalado que las contradicciones latinoamericanas se desarrollan en un terreno simbólico por excelencia. Por su parte, García Canclini dice que es el acceso a la cultura la que produce diferen-

cias; mientras que para Ortiz (en esta idea el brasileño sigue a Michel de Certeau) los símbolos de la cultura se negocian, y en este sentido, negociar es simbolizar.

En efecto, nos parece que ambas posturas son sumamente productivas, permitiendo describir la realidad latinoamericana; aunadas a la de Mattelart, nos inducen a pensar que su escenario actual se ha configurado, sin duda alguna, por sus procesos de comunicación. De ahí la necesidad de reflexionar y proponer nuevas formas de aprenderla y practicarla. El reto es enorme y tal vez utópico, sin embargo, para quienes nos dedicamos a estudiar dichos procesos, implica una responsabilidad mínima describir las causas y posibles soluciones de una comunicación libre de condicionamientos de todo orden. Siendo una posible salida, la comunicación dialógica.

HACIA UNA COMUNICACIÓN DIALÓGICA

Wolton (2007) señala que en las sociedades modernas la comunicación debe entenderse como un proceso de transmisión de mensajes que tiene tres dimensiones inextricables: una técnica, que envuelve los instrumentos y rutinas adoptadas; la económica, que cobija a la economía en el intercambio de los mensajes; y la cultural, como el respeto al espacio simbólico donde los intercambios ocurren. Las dos primeras pueden reducirse a lo que el autor define como dimensión *funcional* de la comunicación, mientras que la tercera es conceptualizada como dimensión *normativa* de la comunicación. La dimensión funcional depende apenas de la técnica y de la eco-

nomía, enfatizando la transmisión de informaciones, la conexión física de las personas y el acceso a los nuevos medios digitales. De valor esencialmente humanista, la dimensión normativa destaca la producción de consenso, anclándose en la fraternidad, en el respeto por el otro, y en el ambiente de diversidad cultural de las sociedades modernas.

En este escenario, las escuelas de comunicación están frente a un dilema, formar profesionales de la comunicación, creativos e innovadores: al servicio de la técnica cada vez más sofisticada; o bien, para construir proyectos y propuestas que contribuyan a solucionar conflictos de orden social y cultural presentes en nuestras sociedades.

El desarrollo de competencias profesionales desde el aula para la construcción de una cultura de paz deberá, entonces, encaminarse más hacia la sensibilidad humana que a la racionalidad abstracta y distante que en términos de Baccega, implicaría:

[...] hacer aflorar la importancia de los individuos/sujetos de ambos polos, en la configuración de las verdades, de los valores que permean el imaginario, de los comportamientos que están presentes en el cotidiano de las personas, de los grupos, de las clases sociales. Son verdades, valores y comportamientos que, formando la conciencia, van a actualizar las manifestaciones de los productos de la industria cultural (2007: 85).

Creemos que esta es una tarea posible e indispensable para encauzar a las nuevas generaciones de comunicadores hacia la construcción de una cultura en favor de la paz, la democracia y el desarrollo. Las

reflexiones vertidas hasta este momento demandan necesariamente la práctica del diálogo, por lo que antes de avanzar, referimos un preliminar requerido sobre este concepto.³ Así, para nosotros, es la generación de sentido derivado de la interacción entre dos o más personas gracias al uso del lenguaje, donde el respeto, el reconocimiento de la dignidad del otro, son la base para el establecimiento de decisiones, conceptos y objetivos en común (de aquí su íntima relación con la comunicación: estar en común). No es una mayéutica a la manera de Sócrates, sino una seminación de sentido por el lenguaje que habla del mundo. Una anotación importante sobre el diálogo es que éste no debe confundirse con la conversación ni con la negociación que implica que el sujeto hablante debe liberarse de un habla institucional (lo menos posible) y discursiva que oculte supuesta tolerancia: significa abrirse a la generación de nuevas alternativas que permitan nuevas prácticas sociales.

No cabe duda que el ejercicio del diálogo en nuestras prácticas comunicativas se presenta como requisito indispensable si queremos cambiar el estado de guerra y de conflicto en el que vivimos actualmente, por uno de democracia, paz y desarrollo, en cuya tarea está de por medio la forma en que usamos, primero nuestro lenguaje, y en consecuencia, lo que éste crea como discurso. En otros términos, el proceso de comunicación sólo es posible por la convención de signos que constituyen los sintagmas y paradigmas que producen nuestras enunciaciones, no solamente en el plano verbal, sino también en el no verbal.

Cada comunidad lingüístico-cultural realiza sus propias convenciones signícas,

que han de utilizarse para comunicarse en sociedad. Así, estos signos adquieren un sentido, cumplen una función para la acción (de otra manera no tendrían razón alguna). Compartidos se vuelven pan de cada día en las interacciones sociales, son parte de un *habitus*, como diría Pierre Bourdieu (1997). *Habitus* que pasa desapercibido e inconsciente, tanto en nosotros como en los usuarios del lenguaje. Es aquí que nuestras prácticas comunicativas aparecen ante nuestros ojos como normales. Sus productos ya los conocemos: violencia e incompreensión. La exigencia de revertirlas ha de pasar, entonces, por la reconversión de esos signos que habitualmente empleamos cada vez que establecemos contacto con el otro.

De tal manera, las comunidades lingüísticas-culturales; es decir, las identidades, por el hecho de compartir un sistema de signos y de discursos, forman bloques de sentido que a la postre son cartas de presentación frente al otro. Es aquí que la confrontación deriva, pues si el otro posee estructuras de discurso contrapuestas, en razón de los orígenes sociales –es justamente el dialogismo, no el diálogo (Bajtín, 1976)– se produce el conflicto y hasta la violencia, generado todo por el lenguaje. Sucede como en una de las fábulas de Esopo, quien dice que el lenguaje puede producir lo mejor (lo sublime), pero también lo peor (las peores ofensas y acciones).

En realidad estamos hablando de diglosias, señaladas por Renato Ortiz en su libro *Mundialización y cultura* (2004), las cuales son la presencia de dos o más lenguas al interior de diversas comunidades lingüísticas, ocupando un estatus social y cumpliendo diferentes funciones en

la vida de las comunidades. Así, una lengua serviría sobre todo para las actividades funcionales del trabajo y las necesidades básicas, otra para el arte, otra para el esparcimiento, etc. Si uno está privado de tal o cual lengua, se priva de tal o cual actividad, es decir, de tener la experiencia de habitar esos universos. Trasladando el universo de la diglosia, podemos fácilmente hacer una analogía en el campo de las interacciones sociales: en la medida que no comparto la lengua, el lenguaje y el discurso del otro, éste será objeto y sujeto de conflicto. De esta manera, yo y el otro no podremos caminar juntos, estaremos en conflicto y el caso extremo en violencia. La solución a esta situación, pensamos, es el diálogo.

Para Ortiz, la mundialización es una oportunidad de pluriculturalidad, de diálogo entre culturas, así, el problema de las diglosias podría tener un horizonte positivo, inspirado en algunos planteamientos de Pierre Bourdieu, este autor señala que:

La emergencia de una diglosia mundial sólo es posible por la ampliación del mercado lingüístico. En un primer momento se restringe al territorio nacional, pero la expansión de las fronteras de la modernidad-mundo que instaura una comunidad lingüística de dimensión transnacional. No se trata, sin embargo, de la constitución de una “lengua franca”, cuya atribución sería poner en contacto grupos de hablas distintas (2004: 106-107).

En efecto, se trata, como decimos de “hablar la misma lengua” que no implica ser homogéneos, sino comprender lo que queremos decir al otro (en buena lid) con nuestros propios signos, nuestros lengua-

jes y discursos. Para esta tarea el diálogo es primordial.

CONSIDERACIONES FINALES

Fuera de toda ilusión romántica, nuestra experiencia nos enseña que la creatividad es un acto que excede los ámbitos del arte y la academia sosteniendo todo quehacer humano no automático. Lejos también del prejuicio de lo sublime, que nos congela a la espera de las grandes ideas; en términos prácticos tendríamos que empezar por una revisión crítica de aquellas nociones relativas a nuestra disciplina que todavía prevalecen en el ejercicio cotidiano, e incluso en parte del lenguaje académico como producto de la prolongada predominancia de la concepción instrumentalizadora de la comunicación.

Una buena alternativa se nos presenta en ese transitar, en ese volver al origen del pensamiento latinoamericanista que no ignora la dimensión moral que subyace a toda comunicación producida por el hombre, con el objetivo de trabajar de manera renovada en la formación de individuos con capacidad para poner en común con otros sus intereses, sentidos y propósitos; proporcionando las técnicas apropiadas que les permitan reconocer lo comunicacional como un asunto de procesos, de redes y de seres humanos, campo fundamental para la construcción de una cultura en favor de la paz, la democracia y el desarrollo.

No obstante que se ha reforzado la concentración de los grandes medios y de las tecnologías en pocas manos de trasnacio-

nales y grupos económicos, asistimos además a la propagación de formas alternativas y más democráticas de comunicación.

Nuevos modelos, nuevos conceptos de profesionalismo que conllevan un enorme conocimiento y respeto de las formas de comunicación de la gente, destacando a su vez, el reconocimiento de experiencias que son más consonantes con la realidad vivida en el día a día, y que otorgan una mayor seguridad a los modos en que la democratización de la comunicación está y puede acontecer.

El gran reto será alcanzar el nivel discursivo donde la comunicación no sea un evento separado de cuestiones éticas, sino el vehículo más adecuado para su planteamiento y resolución. De otra manera, seguiríamos formando comunicadores sin rumbo definido para intervenir y transformar creativamente la realidad de nuestras sociedades en constante riesgo cotidiano y permanente, derivado de la presencia de la violencia sistemática y estructural que se mueve de manera encubierta como resultado de la injusticia e iniquidad; y consecuencia de la exclusión social, la marginalidad y la discriminación.

Nuestra propuesta, ante todo lo discutido aquí, sería renovar nuestro *ethos* desde la academia (como práctica de enseñanza de la comunicación) y desde nuestros espacios sociales, lo que abonaría, por lo tanto, a nuevas prácticas comunicativas con sus respectivas acciones para la democracia, la paz y el desarrollo, que significa la formación de nuevos ciudadanos preocupados por utilizar de otra manera los signos del lenguaje. Desde la academia, como dice Ángela María Godoy Fajardo, se trataría de “reco-

nocer cuánto de nuestra práctica educativa ofrece ‘patologías’ que habría que tratar de transformar para disminuir la distancia entre lo que deseamos y lo que hacemos” (1995: 191). Es decir, la enseñanza de la comunicación en las universidades no debe reproducir lo que no deseamos, criticamos y analizamos en las aulas: enseñar a comunicar (de otro modo, la de un *ethos* dialógico) es la tarea primera que todo comunicólogo debe practicar, primero en la comunidad profesores-estudiantes y luego esperar que se expanda en la sociedad entera.

Así, este *ethos* dialógico es democrático porque “es una apuesta de vida social, un vector de organización alternativa de las relaciones humanas, más aún, es una convocatoria a vivir, sentir y percibir, de otra manera. La cuestión es si este planteamiento en realidad existe en las carreras de comunicación, sea cual sea el caso, cuál es el *ethos* promovido y por qué” (Galindo, 1995: 19).

NOTAS

¹ Se conoce como “Escuela Latinoamericana de Comunicación” al desarrollo particular que la teoría de la comunicación ha tenido en los países latinos desde finales de los años setenta. Su punto en común son las delimitaciones geográficas, las condiciones sociales y económicas de las naciones y pueblos que contextualizan ciertas problemáticas afines.

² Entre las excepciones están la Facultad de Comunicación para la Paz, en Bogotá, Colombia, que inició en 1997, y la Escuela de Comunicación para la Paz de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, también en Colombia, que empezó su programa académico en febrero de 2009.

³ Por razones obvias de espacio, aquí sólo nos avocamos en resumir nuestro concepto de diálogo. Sobre su filosofía tenemos a: Buber, Martín (1969), *Yo y tú*, Buenos Aires, Nueva Visión. Sobre el plano de un dialogismo implícito en el habla: Ducrot, Oswald (1986), *El decir y lo dicho*, Barcelona, Paidós.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- Alejandro, Alfonso (1997), *Construir la democracia y la paz también desde la comunicación*, en <http://www.waccglobal.org/en/20074-communicating-peace/481-Construir-la-democracia-y-la-paz-tambi%C3%A9n-desde-la-comunicaci.html>, consultado el 22 de marzo de 2009.
- Alfaro, Rosa M. (2006), *Otra brújula, innovaciones en comunicación para el desarrollo*, Lima, Perú, Calandria.
- Baccega, Maria (2007), “El Campo de la comunicação”, en Clóvis de Barros Filho y Castro Gisela (organizadores), *Comunicação e práticas de consumo*, São Paulo, Saravia.
- Bajtín, Mijaíl (1976), *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Beltrán, Luis (2007), “Adiós a Aristóteles: La comunicación horizontal”, en *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, año IV, núm. 7 julio/diciembre, São Paulo, ALAIC.
- _____ (2009), “Temas y objetivos de la investigación en comunicación”, en *Chasqui*, núm. 105, en <http://chasqui.comunica.org/>, consultado el 5 de abril de 2009.
- Berthier, Antonio (2008), “La comunicación en el siglo XXI: de la tecnificación de la comunicación a la comunicación del hombre”, en *Revista de Investigación y Enseñanza*, vol. 3, Oaxaca, Universidad Mesoamericana.
- Bourdieu, Pierre (1997), *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, Siglo XXI.
- Cadavid, Amparo (2006), *Congreso Mundial de Comunicación para el Desarrollo ¿Qué comunicación para cuál desarrollo?*, en <http://www.c3fes.net/docs/comunicaciondesarrollocadavid.pdf>, consultado el 10 de julio de 2010.
- Calvelo, Manuel (2002), *Los Modelos de Información y de Comunicación. El Modelo de Interlocución: un Nuevo Paradigma de Comunicación*, en <http://www.cdesco.org/recursos/modules.php?name=Content&pa=showpage&pid=4>, consultado el 21 de octubre de 2008.
- Freire, Paulo (2001), *¿Extensión o comunicación? La concientización en el medio rural*, México, Siglo XXI.
- Galindo Cáceres, Jesús (1995), “Hacia una reconstrucción reflexiva del campo académico de la comunicación”, en *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva del campo académico de la comunicación*, México, CONACULTA, ITESO.
- García Canclini, Néstor (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, CONACULTA, Grijalbo.
- _____ (1997), “Culturas híbridas y estrategias comunicacionales”, en revista *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, año-vol. III, núm. 5, junio, Colima, Universidad de Colima.
- Godoy, Ángela María (1995), “Eros, ethos y pathos académicos. Acercamiento impresionista a algunas de las dimensiones de la

- relación maestro-alumno en las escuelas de comunicación”, en *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva del campo académico de la comunicación*, México, CONACULTA-ITESO.
- Habermas, Jürgen (2002), *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Madrid, Cátedra.
- Kuhn, Thomas (1971), *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE.
- López Pérez, Ricardo (2008), “Crítica de la Teoría de la Información”, en <http://www.periodismo.uchile.cl/cursos/psicologia/criticainformacion.pdf>, consultado el 3 de septiembre de 2008.
- Marques de Melo, José (2009), “Reto actual de la investigación latinoamericana en comunicación” en *Chasqui*, núm. 105, en <http://chasqui.comunica.org/>, consultado el 5 de abril de 2009.
- Marx, Carlos (1982), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, México, Siglo XXI.
- Matterlart, Armand (1995), *La invención de la comunicación*, México, Siglo XXI.
- (2000), *Historia de la utopía planetaria. De la ciudad profética a la ciudad global*, Barcelona, Paidós.
- Ortiz, Renato (1997), “Modernidad-mundo e identidades”, en revista *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, No. 5, junio, año/ Vol. III, Colima, Universidad de Colima.
- (2004), *Mundialización y cultura*, Bogotá, Edición del convenio Andrés Bello.
- Pasquali, Antonio (1972), *Comunicación y cultura de masas*, Venezuela, Monte Ávila Editores.
- (2002), “Reinventando las Políticas de Comunicación del siglo XXI”, Conferencia para el VI Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación, ALAIC, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, en: <http://www2.metodista.br/unesco/PCLA/revista12/artigos%2012-1.htm>, consultado el 17 de octubre del 2009.
- Shannon, Claude E. y Weaver, Warren [1948] (1981) *Teoría matemática de la comunicación*, Madrid, Forja.
- Servaes, Jan (2000), “Comunicación para el Desarrollo: tres paradigmas, dos modelos”, en *Temas y problemas de comunicación*, año 8, vol. 10, Argentina, Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Torrico, Erick (2006), “Acercamiento a la Comunicación como cultura académica y a sus proposiciones teóricas generales”, en *UNIREvista*, núm. 3, vol. 1, en <http://www.unirevista.unisinos.br/#F>, consultado el 17 de septiembre de 2008.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)(2003), *Proyecto transdisciplinario hacia una cultura de la paz*, <http://www.unesco.org>, consultado el 4 de octubre de 2008.
- Verón, Eliseo (1972), *Conducta estructura y comunicación*, Buenos Aires, Argentina, Ed. Nueva Visión.
- Wolton, Dominique (2007), *É preciso salvar la comunicação*, São Paulo, Paulus.